

ENTREVISTA CON CARLOS CRISANTO

Este número inaugura su sección "entrevista" con uno de los miembros fundadores de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis.

¿A través de qué caminos llegas al psicoanálisis?

En mi casa nunca faltaron libros de medicina, de psiquiatría, porque mi padre fue un médico frustrado, comenzó a estudiar esa carrera pero no pudo terminarla. Podría decirse que casi fue una elección de mi viejo. Además mi hermano mayor ya estudiaba medicina en la universidad, sin duda eso también influyó en mi decisión. Siempre tuve en miras la psiquiatría. Recuerdo que en el colegio Guadalupe el curso de psicología fue el que más me gustó. El doctor Castro Harrison lo dictó en quinto de media y fue algo excelente, muy atractivo, que me llenó de entusiasmo. Luego, en la universidad fue determinante la presencia del doctor Carlos Alberto Seguín, verdadero propulsor del psicoanálisis en el Perú. En esa época un grupo de amigos, seríamos unos 10 estudiantes más o menos, solíamos ir los sábados a escucharlo en el Hospital Obrero. Para mí fue un descubrimiento, verdaderamente me abrió el mundo. Leí incansablemente y empecé a ir, incluso aún en premédicas, al famoso pabellón ocho del Larco Herrera. En esa época no había especializaciones. Uno se hacía la especialidad. Terminaba la carrera siendo especialista en algo que el mismo estudiante se había forjado. Cuando estaba en el internado, en 1954, hubo un congreso de medicina psicosomática en Buenos Aires. Fui con el doctor Seguín, la idea era que yo empezase a hacer mi entrenamiento en psicoanálisis. Quería que me quedase a estudiar en Argentina mediante una beca. Desgraciadamente, éstas habían sido canceladas y yo no tenía medios para solventar esos estudios. Tuve que regresar y hasta el 61 trabajé con el doctor Seguín. El camino ya estaba tomado.

¿Cómo hiciste posible tu formación en Londres?

Primero postulé al Instituto de Psiquiatría de Londres. Me aceptaron y nuevamente gracias a gestiones del doctor Seguín, pude comprar un boleto

de avión vía Canadá, en donde me quedé en el Allan Memorial Institute estudiando unos meses. Después continué mi viaje a Londres, yo sabía que allí estaba la "crema" del psicoanálisis. Pero como me había ido a la aventura, sabía que luego tendría que ver cómo arreglármelas. Y tuve suerte, en esa época era fácil conseguir empleo, al mes de estar allí empecé a trabajar como psiquiatra en un hospital y después fui invitado a cubrir una vacante en el Hospital Henderson, donde trabajé un par de años. No obstante ya había hecho contacto con el psicoanálisis, me había presentado al Instituto y después de las dos entrevistas fui aceptado. Entonces me dije: y ahora ¿qué hago, cómo lo pago? Tenía un año para guardar la vacante y ver qué hacía. En el hospital donde trabajaba me enteré de la existencia de la fundación Kincardine, organización que prestaba ayuda no solamente a británicos, sino también a extranjeros. Cogí el teléfono y de pronto estuve frente a la propia señora Kincardine, una mujer encantadora que después de oírme me dijo: "mire usted, yo he tenido psicoanálisis y le estoy agradecidísima. Mi familia tiene dinero que ese Harold Wilson (que era el primer ministro) está usando para construir misiles, prefiero dárselo a ustedes". Y así fue como recibí no un préstamo, sino un obsequio. Cuando ya cursaba el tercer año, la señora Kincardine volvió a ayudarme. Si no hubiese sido por ella no hubiera podido estudiar, ella ya falleció. De ese modo pude pagar mi análisis con Pearl King quien, identificada con mi problema, decidió cobrarme dos libras cuando allá se cobraba tres. He tenido muchísima suerte. Empecé el análisis y me olvidé del Instituto de Psiquiatría de Londres que era tremendamente biologista a pesar de que allí habían psicoanalistas. En Inglaterra se las arreglan para tener pericote y gato juntos.

Háblanos de tu entrenamiento.

Comencé el entrenamiento el 64, cuando Saúl ya estaba allá, a él lo había conocido en Lima porque iba también donde el doctor Seguí. Entramos los dos juntos, hemos sido compañeros. Fuimos los primeros peruanos haciendo análisis en Londres. Max llegó un año después. Mis supervisores fueron el doctor William Gillespi y Eva Rosenfeld. Ella era una vienesa de la vieja hornada, analizada por el propio Freud y gran amiga de Anita y de toda la familia. Le gustaba contar anécdotas de su propio análisis, las cosas que Freud le decía. También me enseñaron Bion, Paula Heimann, Hanna Segal; sin embargo los que más me impresionaron fueron Masud Khan y Winnicott, éste se lanzaba a hacer sus asociaciones libres y por momentos parecía no saber adónde se dirigía, pero de repente, en el horizonte, como una luz, empezabas a vislumbrar la idea que quería transmitirme, era genial. Creo que es quien más ha influido en mí, fundamentalmente por la importancia que le otorga al contacto humano y a la intuición. Creo que el análisis es fundamentalmente intuitivo. Masud Khan también era un excelente expositor, un tipo muy coherente, muy bien informado, un erudito del psicoanálisis. Me

acuerdo que nos dio unos cuatro o seis seminarios sobre sueños que fueron verdaderamente inolvidables, creo que me capturó el ángulo artístico que entreví en ello, una mezcla de fantasía, realidad y sueño. Fue un período fantástico, se respiraba mucha libertad. Uno podía escoger entre un kleiniano, un freudiano o un independiente. Yo no quería encuadrarme dentro de ningún sistema por eso estuve más cerca de los independientes o del grupo intermedio, como ellos mismos se llamaban. Y puedo afirmar sin duda alguna que lo más importante que recibí en mi formación como analista, y que llevo conmigo, fue esa libertad. Era un grupo abierto, amigo más bien de la discusión y de la controversia. Ése ha sido el mayor estímulo que he tenido allá, libertad para pensar, para no dejarme encasillar en un modelo o en una corriente determinada.

¿Qué fue lo que te hizo volver al Perú y cómo se insertó el psicoanálisis acá?

Nunca pensé quedarme definitivamente por allá, para mí no son suficientes las comodidades materiales. Yo soy gallo de mi corral. Volví en diciembre del 72, año en que ya estaba Saúl por aquí. Él fue quien en ese entonces echó las bases del psicoanálisis en nuestro país. Tuvo contacto con San Marcos, con gente del Hospital Obrero. Como todavía no se podía formar oficialmente ninguna sociedad porque no teníamos el mínimo suficiente de miembros, que era tres (Max todavía no había regresado), creamos el Centro para el Desarrollo del Psicoanálisis en el Perú. Hubo bastante receptividad sobre todo entre la gente joven de La Católica y de San Marcos. Cuando llegó Max nos elevaron a la categoría de analistas didactas y con la ayuda de los tres "sponsors" que había en esa época, los doctores Plata, Zimmermann y Teruel, empezamos prácticamente el entrenamiento. Allí empezó un período un poco difícil porque se presentó todos los integrantes del Centro e ingresaron muy pocos. Hubo varias idas y venidas de "sponsors" para evaluaciones, que finalmente se resolvieron aunque con muchos disgustos y discrepancias. Sin embargo, ese período inicial lo rescato porque aportó muchísimo en mi formación como analista didacta, fue un trabajo fundamentalmente analítico.

¿Cuáles son los postulados del psicoanálisis que te parecen más acertados?

Hoy me parece que lo fundamental de la creación freudiana es el sostén analítico, el cómo se hace el análisis. Me refiero a ese espacio analítico que existe entre el paciente y el analista, espacio fundamentalmente de exploración. Un elemento que me parece esencial es lo que yo llamaría estado analítico, me refiero a ese estado intermedio entre la vigilia y el sueño, una particular disposición para la ensoñación. Creo que eso es más sólido que todas las elaboraciones interpretativas, metapsicológicas, explicativas, que han sido tan cuestionadas. También me parecen fundamentales aquellos aportes que se refieren al psicoanálisis como una hermenéutica, como un

lenguaje. Incluso alguien ha hablado del psicoanálisis como oneiroanálisis, una suerte de lectura del lenguaje de los sueños. Pienso que ese aspecto es de la mayor importancia, actualidad y vigencia.

¿Cómo observas la formación que se da actualmente en el Instituto?

Aquí en el Perú hemos tratado de no dejar nada de lado (cuando estudiaba en Inglaterra, de los franceses no se escuchaba nada), hemos tratado de incluir en la currícula a los norteamericanos, franceses, británicos, latinoamericanos. De ese modo, la gente está bien educada, acostumbrada a ser amplia, no cerrada. Eso no significa, como algunos puedan pensar, que la excesiva amplitud haya impedido mayor profundización. En términos generales mi evaluación es positiva. En cuestiones estrictamente analíticas la sociedad no ha tenido problemas. Los problemas que han habido en ciertos momentos han sido de tipo político, pero no han afectado la marcha de la sociedad, ni la han bloqueado, ni distorsionado. Claro que yo me cuento entre los optimistas, para mí lo más importante, y no me canso de insistir en ello, es la creación de esa maravilla que se llama instrumento analítico. Lo fundamental es que Freud nos dio un instrumento para investigar, luego cada uno debe desarrollar sus ideas según su experiencia, imaginación y creatividad. Uno ha de hacerse su psicoanálisis y metapsicología propios, para eso tenemos un instrumento que es el mismo para todos y que es ese estado analítico del que ya hablé, estado en el cual se aflojan todas las defensas, se regresa, surge el secreto y el sujeto transfiere, envuelto en ese mundo lejanamente emparentado con el hipnotismo, obviamente prescindiendo de todo afán de dirigir o influir en nuestros pacientes. Por eso no me canso de insistir en la importancia de saber escuchar al paciente, él es quien tiene la brújula, él la maneja. Nosotros tenemos que ver por dónde va. El problema es que muchos psicoanalistas creen saber lo que el paciente tiene que hacer, ser o decir y eso es justamente lo contrario del estado analítico del que estoy hablando.

¿Cuál es la importancia que tiene para ti el trabajo en grupo?

Desde que estuve en Inglaterra me impresionó mucho la influencia de los grupos sobre las personas. He visto conmovirse gente que inicialmente parecía impermeable a la influencia de los otros. Los grupos brindan la oportunidad de que uno pueda verse reflejado en un montón de espejos, es una experiencia múltiple. Cuando llegué al Perú hice psicoterapia de corte analítico en grupos. Tuve un grupo diario, todas las noches durante 10 años, del 73 al 83. Es muy atractivo y estimulante el dinamismo que allí se genera. El terapeuta está prácticamente al descubierto, no hay manera de guardar distancia, la gente lo involucra y no puede hacer mayor uso de las resistencias que sí puede manejar en psicoterapia individual. Es una experiencia que exige además de suma atención, enfatizar constantemente la transferencia

grupales. Cuando uno trabaja con grupos descubre que se crea algo que sobrepasa a los individuos que los componen, un algo que no sólo reúne, sino que también organiza. Por ejemplo, llama la atención la dependencia de algunos miembros del grupo en relación con el grupo mismo, como si éste fuese su centro de existencia y no los individuos como tales.

Después de un largo paréntesis en que tuve que abandonar ese trabajo, ahora hemos abierto una Asociación de Psicoterapia de Grupo. Ésta era una vieja idea que compartía con otros colegas desde la década del 70. Pero el proyecto siguió en mi mente hasta que hablé con Eduardo Gastelumendi y con Jorge Parodi. Después se unieron más personas. Al principio sólo nos dedicábamos a leer, estudiar e investigar, luego hicimos unas jornadas de fin de semana que resultaron todo un éxito. Ahora ya somos 26 personas y nuestra meta es ofrecer en el futuro una sólida formación en psicoterapia de grupo.

Una vez le preguntaron a Freud acerca de la perspectiva que le ofrecía la relación con la muerte, ¿qué lugar ocupa en tu trabajo la noción de muerte?

Cada vez me impresiona más cuán autodestructivos podemos ser. Eso lo puedo ver más abiertamente en mis pacientes que en mí mismo. De allí a pensar en un instinto de muerte como tal, yo tengo mis dudas, por lo menos no he llegado a definirme totalmente con respecto a ese concepto. No sé si hay algo que te conduce a la muerte o la muerte lo alcanza a uno en un determinado momento bajo diferentes circunstancias. Como muchos seres humanos, he vivido con poca conciencia de la muerte, creyéndome inmortal, como si nunca me fuese a llegar. Sin embargo, desde hace un tiempo no lo veo más así. Ya estoy en la tercera edad, no puedo eludir la idea de la muerte, ahora tiene más peso en mi presente. A mí me gusta analizar mis sueños y me ha asombrado ver con qué frecuencia está apareciendo en ellos. Me invade entonces un sentimiento que no logro precisar y que oscila entre el humor y la cólera. Hay oportunidades en que me sorprende imaginando cómo será cuando yo fallezca, qué harán mis hijos, adónde irán, cómo terminarán, sí, no puedo negarlo, lo pienso. Creo que estoy tratando de congraciarme con la idea de la muerte porque ya estoy en la pista final, mirando la meta, tengo más de 60 años.

¿Consideras posible aquietar el miedo a la muerte si logramos vislumbrarla como parte de la vida, como parte de un todo que sería la unidad vida-muerte?

Es interesante... se podría decir que lo estoy haciendo paulatinamente. Es algo de lo que no me voy a librar, nadie puede hacerlo, hace algún tiempo empezaron mis cavilaciones acerca de la muerte, debe ser la manera de acercarme a ella.

Sabemos que la música es muy importante para ti ¿cómo se relaciona con tu actividad profesional?

Mi inclinación hacia la música es sumamente temprana, la he tenido desde muy chico. En aquella época, podía pasar todo el día oyendo la vitrola. A los trece años tuve un amigo que tocaba el piano, aún recuerdo la impresión que me causó. A pesar de que mi familia era muy modesta, teníamos piano en casa. Llegué a estudiar dos o tres años en el Conservatorio. Lo dejé cuando estaba en segundo o tercero de medicina. Tuve que optar, no me era posible hacer las dos cosas. No podía porque si me sentaba al piano perdía la noción del tiempo, podía tocar 24 horas seguidas, me gustaba demasiado. Tuve que sacrificarlo. Desde adolescente tuve muy claro que algún día tendría que elegir entre dedicarme por entero a la música y morir de hambre o dedicarme a la medicina y más o menos podérmelas arreglar. Al final esto último se impuso. He vuelto a la música cuando compramos el piano para nuestros hijos. Posteriormente, ya imbuido de psicoanálisis, descubro a Winnicott y el espacio potencial, la creatividad y el espacio transicional, encuentro entonces el eslabón entre el arte que tanto me atraía y el psicoanálisis. Se podría decir que ambos tienen raíces comunes, como la intuición. En el caso del arte hay un área muy íntima, muy profunda, que es casualmente el área a la cual nosotros queremos penetrar con el análisis. Casi podríamos hablar de una equivalencia entre ambiente analítico y ambiente artístico.